

y con la acción, con el dogma y con la fe, ó bien con el deber y la moralidad. Según este moderno descubrimiento, se puede no tener fe ni virtud alguna, y, sin embargo, tener Religión; no se necesita más que tener sentimiento. «La Religión, dice esta famosa sabiduría moderna, no es otra cosa que el sentimiento, el sentimiento de la dependencia del hombre con relación á Dios. La Religión es ese ligero y transparente vapor del rocío acariciando las flores al despertar, y desapareciendo, cuando se evaporan sus gotitas. En el momento en que se desvanece en el alma el presentimiento de Dios, como se arranca de los brazos de su amante la persona amada, se escapa el sentimiento del interior y se esparce, como se extiende por las mejillas el rubor de la vergüenza ó del placer; ese es el instante supremo en la expansión de la Religión». (1) Fácilmente se comprende que hablen con entusiasmo de una Religión tan barata que, con el velo de una espiritualidad de pura palabrería, prodiga sus caricias á la sensualidad, los que tratan de quitarse el peso del dogma y de la acción seria para entregarse á una vida cómoda.

No habrá, ya, en efecto, un hombre á quien se pueda decir que está muy alejado de su religión, porque no cree en lo que Dios manda, y, con mayor motivo, porque no lo hace. «Aun á la piedad ha proporcionado su descubrimiento, dice Pfeleiderer, un dominio particular. Ese dominio, semejante á un pacífico santuario, está protegido á la vez contra la preponderancia de la razón y contra la cotidiana labor de la acción moral». (2) En otros términos: le dispensa ese dominio de los esfuerzos de la razón, de sus triunfos y de la obligación de cumplir con su deber.

**5. Qué significación puede tener esa supuesta facultad del sentimiento.**—Si no nos equivocamos, acabamos de indicar la razón de los cuidados tan atentos que se han prodigado á ese monstruo informe creado para las necesidades de la causa, y que se llama sentimiento.

(1) Pünjer, *Religionsphilosophie*, II, 182 y sig.

(2) *Íd.*, *íd.*

Cierto que es grato á los hombres no creer en nada, no practicar nada de lo que manda la Religión, y poder decir no obstante: Tengo Religión. Rechazar completamente toda Religión es demasiado fuerte todavía, porque no se está enteramente seguro aun del *más allá*. Pero es muy soportable la Religión con un poco de exaltación sentimental que no impone ninguna obligación de creer las verdades de fe, y que tampoco exige ninguna victoria moral. De esta manera, suponiendo que nada hay más allá de la vida, no costará mucho trabajo ni será muy pesada la carga de la Religión. Si, por el contrario, hay algo, siempre queda la esperanza de poder tratar con el juez, probándole que no se ha vivido sin Religión.

Si no existiera el dominio religioso, ó hablando mejor, si no hubiera una necesidad de conciencia que se impone, puede afirmarse, sin formar juicio temerario, que hace ya mucho tiempo se hubiera dejado á un lado la invención del sentimiento. Desde el principio, ha sido esta facultad la más grave inquietud de la filosofía, que hasta ahora, ni sabe de qué formarla, ni qué puede ser objeto de ella. Si es especial é independiente potencia del alma, que se halla al lado de la inteligencia y de la voluntad, debe, como ellas, ejercer influencia particular é independiente. Pero ¿qué tiene que hacer el hombre fuera de pensar con la inteligencia y de obrar con la voluntad? Queda todavía, dicen, la percepción inmediata de nuestras disposiciones interiores.

En un lenguaje que quedará como imperecedero monumento de la barbarie del gusto y de la pobreza del pensamiento, ha dicho Beneke que el sentimiento es «el beneficio que resulta de la comparación inmediata de las dos actividades de nuestra alma entre sí». Pensando que, según esta definición, podría llegar á adquirirse, á lo sumo, una ligera idea de la naturaleza del sentimiento, sin llegar á comprenderlo jamás, añade que estas fatídicas palabras significan simplemente lo que expresó Platner de manera más humana: «El sentimiento es la conciencia de



nuestra situación actual». <sup>(1)</sup> Pero si es verdadera conciencia y verdadera percepción, es actividad de la inteligencia. Si, al contrario, no es más que una impresión inconsciente, entonces es actividad interior que percibe las cosas de una manera agradable ó desagradable, esto es, actividad de los afectos ó del corazón. Si es uno y otro, y es lo que existe la mayor parte del tiempo, es el mismo afecto ó el mismo corazón en cuanto su percepción obra sobre la inteligencia y sobre la voluntad, y de ahí pasa de nuevo al exterior.

Dicen otros que el objeto del sentimiento es «lo agradable». Los franceses son los representantes principales de esta teoría; pero no hacen más que poner otro nombre en lugar del de afectos del corazón, porque ese «agradable despierta precisamente la sensación del amor, los deseos vivos y la satisfacción, que también son afectos».

Señalan otros al sentimiento el dominio de «lo bello». Sea; pero ¿qué es lo bello, sino lo verdadero, el bien que nos impresiona en proporción de su manifestación exterior? La proporción entre el valor intrínseco de un lado, la forma exterior y la exacta relación que entre sí guardan todas las partes de la materia del otro: he ahí lo que se llama belleza; pero como esta proporción es exterior, obra sobre el afecto por medio de los sentidos, y, por consiguiente, sobre el corazón. Además, el valor intrínseco de lo verdadero y del bien es, sin contradicción, el objeto que excita la actividad de la inteligencia y de la voluntad. Luego nos es imposible salir del círculo de las funciones para las cuales han sido creados la inteligencia, la voluntad y el corazón, y que bastan ciertamente para cumplirlas.

En pocas palabras: suponiendo que haya algo de verdad en esta doctrina sobre una tercera potencia del alma, nada añade á la doctrina del corazón y de los afectos. Comete, sí, el enorme error de negar completamente ó de despreciar demasiado el lado sensible de la percepción hu-

(1) Jungmann, *Das Gemüth*, (2) 196.

mana, ó de hacer de todo una serie de actividades que proceden primero de la naturaleza sensible del hombre, y que pasan en seguida á la inteligencia, potencia propia del alma y de las actividades puramente espirituales. Podríase, no obstante, dejar subsistir la expresión de «sentimiento», si no tuviera desmesurada ambición, y en el supuesto que estuviesen de acuerdo sus defensores para admitir este correctivo: que no es el sentimiento facultad puramente espiritual, sino facultad espiritual y sensible á la vez, en el sentido en que tomamos nosotros la palabra corazón.

**6. Empleo que de esa misma facultad hace el panteísmo moderno.**—Mas no les basta esto. Pero cometeríamos error nosotros, si por amor de la paz, nos manifestásemos satisfechos, y si creyéramos que lo que llaman «sentimiento» los modernos, difiere nada más que en el nombre y en algunos detalles de lo que llamaban «corazón» los antiguos; hay enorme diferencia. Nos hallamos avocados á un peligro contra el cual nunca podremos armar-nos lo bastante, y en cuya comparación podría llamarse inocente la pueril exaltación sentimental producida en los tiempos en que privaba la fiebre causada por Werther.

En aquel tiempo, el más elevado ideal era la exaltación del delirio; hoy la de la embriaguez. La suprema felicidad de los adoradores de Werther era adormecer el alma; los modernos no descansan hasta despojarla por completo del conocimiento; se necesita que el sueño del alma se convierta en enajenamiento; debe llegarse hasta la muerte, si es posible. Cada día hace naturalmente progresos más grandes y más funestos esa doctrina del sentimiento, tan peligroso en su origen. Pocos comprendieron á Hegel cuando no dejó subsistente más que la idea y su evolución. Fué mayor el atractivo, cuando Schopenhauer predicó esta doctrina; el único principio de todo fenómeno y de todo acontecimiento es la voluntad, pero la voluntad sola, sin la razón de la humanidad en general, y no esa actividad consciente y premeditada del hombre individual, libre y responsable.



Manifestáronse entonces más claramente las tendencias con Hartmann y su filosofía de «lo inconsciente». ¿Qué quiere? ¿qué puede el individuo? Si escuchamos al filósofo berlinés, se forja grandes ilusiones el hombre, si se persuade que él quiere alguna cosa, que él es el que piensa, que él es que obra con independencia. No sucede sino lo que por necesidad tiene que suceder; el hombre no piensa sino lo que debe pensar, no quiere sino lo que debe querer. Lo que en último término domina es «lo inconsciente», esto es, el ciego impulso de la naturaleza, el instinto sin razón para todo el bien que se hace ó desagrado que se causa; imposible resistirle: se hace uno desgraciado con la resistencia. Abandonándose á «lo inconsciente», se encuentra la felicidad; siguiendo sus irresistibles inclinaciones, se llega á la verdadera sabiduría: todo lo demás es frivolidad y vanidad de vanidades. Ya el famoso «Vicario saboyano» de Rousseau vuelve las espaldas al Dios de los cristianos, porque, para servirle mejor, había hecho voto, en otro tiempo, de poner freno á la sensualidad. También Lutero halla que es en él demasiado poderosa la sensualidad, y que no puede resistirla. Partiendo de la convicción de que en aquellos impulsos secretos que daban contra él batallas incomparablemente más fuertes que la voluntad de Dios, á quien había servido hasta entonces, debía tener en sí una potencia más grande y más divina que en la Religión, en cuyo seno había sido educado, que en el mismo Dios que la proclama, y se determinó á no reconocer en adelante por su Dios, sino la voz infalible que creía oír en sí, y á la que le parecía imposible resistir. Teníamos, pues, la filosofía de «lo inconsciente» en tiempos muy anteriores á Eduardo de Hartmann.

Se comprenderá ahora, que no se deba á la casualidad ni al capricho, sino á la consecuencia de la tendencia del espíritu humano en su marcha de conquista, ese grito que se escucha de oriente á occidente: ¡Fuera el Dios de los cristianos! ¡Nuestro Dios es Buda! ¡El budismo, la religión de lo porvenir! ¡El Nirvana, la eterna felicidad con

que debe en adelante contar la humanidad que progresa! Lo que quiere decir: el panteísmo es la religión que cuenta con un porvenir y con un lugar en el corazón de los sabios; extinguir el ser personal, perderse en «el gran Todo», es el fin que tenemos delante de nosotros, el único fin en que tenemos fe, el único fin que esperamos. La doctrina moral del Budismo es la única que nos merece crédito; sí, recibimos esta doctrina, aunque la hallamos tenebrosa y contraria á la naturaleza; nada queremos con esos trabajosos combates contra la carne y contra todo lo que la lisonjea. ¡Fuera esas luchas á que nos obliga la doctrina cristiana! Necesitamos la almohada querida de la sensualidad, el libre vuelo de la voluntad y del pensamiento individual en la voluntad y en el pensamiento general de la naturaleza; ese es el objeto de nuestros estudios. Si Dios es la naturaleza y el «gran Todo», si la naturaleza es Dios, el impulso hacia lo inconsciente y hacia la naturaleza es impulso de la voluntad del mismo Dios. Entonces, ¿no es más que imperfección obrar en oposición á las inclinaciones de la naturaleza y de la sensualidad? ¿no es más bien pecado? Es más aún, es locura; porque, ¿quién es el que puede resistir á la voluntad y al poder de Dios? Dejad, pues, en libertad á la naturaleza, dice la moral de todas las fábulas del moderno Budismo europeo; ella piensa por vosotros, ella sabe á donde va. Esos movimientos que sentís y que no comprendéis, esas emociones que espontáneamente se despiertan en vosotros sin exigiros el concurso de vuestra cooperación, y que se levantan á pesar de vuestras previsiones, son pensamientos divinos, son movimientos divinos. Esas propensiones que os han causado susto hasta hoy, porque se desarrollan con la más insinuante suavidad, esas inclinaciones á los placeres de los sentidos que, digámoslo con franqueza, habéis creído que debíais combatir, porque os exponían al más grande peligro de pecar, tengáis ó no conciencia de ellas, son secretas energías divinas que os señalan el camino que debéis seguir, los actos que debéis



ejecutar, y ese algo en que debéis buscar la verdadera felicidad.

Tal es el sentido de la predicación del Budismo que favorecemos ahora en toda la línea. En adelante, educaremos á los pueblos con ese catecismo; y, si no quiere el Cristianismo comprender las necesidades de la época y del corazón moderno, podrá decir que vivió. Desde ahora, para instruir á los niños, haremos venir de la India maestros y educadores que comprenderán mejor nuestro interés y las necesidades de los tiempos. <sup>(1)</sup>

Difícil comprender cómo puede haber quien se entusiasme con la repugnante doctrina del Budismo, si, como acabamos de hacer, no se considera en conjunto esa tan fanática predilección que se tiene por ella. Pero tiene fácil explicación. Basta con representarse por un momento las consecuencias prácticas de ese arrastramiento hacia esa religión, para darnos cuenta de la mayor parte de esos sucesos horribles de que está llena la vida moderna, y que no son otra cosa que el desarrollo lógico de la antigua oscura teoría del sentimiento.

Mejor se han abierto siempre paso los errores que las más importantes verdades. Si en otro tiempo hubo quien se tomó mucho trabajo para explicar la naturaleza de la actividad del sentimiento, se ha renunciado después á esta zozobra, yendo á la escuela del misticismo oriental y diabólico. Concíbese hoy el sentimiento como estado puramente pasivo del alma, que excluye toda actividad propia y que debe establecer pacíficamente al hombre en el *far niente*, en la recepción de impresiones agradables, en la inmovilidad de la enajenación.

En fin, volvemos de nuevo á la menos noble de todas las tendencias del espíritu, que se llama Quietismo. Nadie podrá sorprenderse: en todos los tiempos han sido muy próximos parientes el Quietismo y el placer de los sentidos; no es propio de naturalezas afeminadas el esfuerzo en el pensamiento y en la acción; lo que les agrada es

(1) Así Carrière, *vor Jahren in der Beilage zur Allg. Ztg.*

perdersen en el melancólico y hermoso destello de la luna, dejarse balancear pausadamente en las playas de lo incierto y abismarse en todo lo que es capaz de adormecer las energías; nada de claridad, nada de solidez; todo su bien lo cifran en eso. Todo pensamiento y toda voluntad deben primero resolverse en agradable y tibio vapor; sólo entonces puede sacar sus consecuencias prácticas esta teoría del sentimiento; y estas gritan entonces sin rodeos: ¡Fuera los dogmas! ¡fuera las fórmulas! ¡fuera ese robusto sistema, esa fuerte vida de la Iglesia! ¡fuera todos los mandamientos que nos exigen victorias morales! El fascinador aparato que despliega el teatro; las fiestas y los placeres que encantan los sentidos; las apariciones fantásticas y demoniacas del espiritismo y del hipnotismo; después, si es posible, la música wagneriana y las grutas del Tannhauser, el fausto morisco y las noches orientales; esas son las únicas excitaciones, los únicos medios de placer que se concilian con el espíritu y con la Religión á que pertenecen lo presente y lo porvenir. En otros términos, necesitamos el panteísmo.

Confesamos sin restricción alguna que cuadran perfectamente semejante moral y semejante mística; pero quien no tolera tal doctrina, al menos en forma durable, es la naturaleza del hombre; ha protestado de la manera más conmovedora por la desaparición de la más ilustre víctima que ha hecho el Quietismo moderno, el desgraciado rey Luís de Baviera.

**7. Sus funestas consecuencias desde el punto de vista de la doctrina y del conocimiento.**—Viendo las terribles consecuencias que lleva tras sí una palabra, en apariencia inofensiva, la palabra «sentimiento», debemos desconfiar de las cosas más simples é insignificantes. Examinemos bien todo lo que en favor de esa su creación dicen los representantes de la teoría del sentimiento. En verdad que esa tendencia comunicada al espíritu produce efectos desastrosos, no sólo en la vida interior, sino también en los demás dominios. Puede también aplicarse esto al uso de



la inteligencia y del pensamiento, aunque en esta materia se siente uno tentado á mirar esa doctrina como inofensiva.

¿De dónde viene que se siente hoy verdadero espanto ante todo estudio verdaderamente serio? ¿Por qué ya no se leen hoy los libros enérgicos que tratan de alguna ciencia, ni aun siquiera las breves disertaciones sobre el mismo tema? ¿Cómo se explica que manifiesten horror tan grande la filosofía y la educación á todo *formalismo escolástico*, según la expresión del día? Se vive absolutamente, como si fueran considerable obstáculo al conocimiento la lógica y todo pensamiento sólido fundado en reglas. Se nos inculca desde nuestra juventud tal aversión á los trabajos intelectuales un poco áridos, que llegamos á rechazar con terror el libro que nos invita á aplicarnos á él. Los niños deben aprender jugando, medio que los lleva naturalmente á jugar aprendiendo. Los jóvenes son casi siempre incapaces de leer hasta el fin el volumen que les ofrece medios para instruirse; para excusarse, quieren persuadirse de que un estudio largo y seguido los hace desmañados é inhábiles para todo. Con algunos artículos de diarios superficiales que hojeamos, tendidos en un canapé, con la copa á un lado y el cigarro en la boca, creemos que con una hora de lectura entre espirales de humo, nos hacemos incomparablemente más sabios que si empleásemos años enteros en los serios estudios de las científicas y gigantes cas obras de los antiguos. ¿De dónde viene esto? ¿No nos viene de nuestro sentimentalismo que nos ha inspirado el mismo desprecio de la razón y del resplandor del sol que inspiró á Bernardino de Saint-Pierre?

De este modo nos elevamos á nuestros propios ojos tanto más, cuanto que buscamos evitar todo trabajo serio de la inteligencia. Despreciamos á los antiguos, aquellos pedantes pasados de moda, y sus trabajos intelectuales, tanto más, cuanto que mayores fueron las dificultades con que lucharon en sus estudios. Podemos lisonjearnos de que distamos de ellos como el cielo de la tierra sin someternos como ellos al estudio de todos los días.

Son estos los dos azotes que más estragos hacen en nuestro saber y en nuestro carácter; pero hay otro más terrible todavía, y que ataca á un bien más elevado que la ciencia y el carácter, la fe. No hay que atribuir á la casualidad esta pregunta que se repite constantemente y por todas partes: ¿es que hay una ciencia, una conciencia y una verdad? Si nada hay de cierto, nada de verdadero, ¿puede la fe ofrecer la verdad? Tal es el lazo íntimo que une todo esto con la teoría misteriosa del sentimiento. El conocimiento por el sentimiento es incomparablemente mejor que el conocimiento por la inteligencia. Se pretende que hay la misma diferencia entre el lenguaje del sentimiento y el de la razón que entre el día y la noche; sin embargo, es bien insignificante el conocimiento que adquirimos por el sentimiento: hasta los más entusiastas defensores del sentimiento admiten que con él poco podremos aumentar nuestro bagaje científico; la mejor recomendación que tiene para ellos es que economiza al hombre una certidumbre y una luz molestas, que se limita á producir «cierto presentimiento»<sup>(1)</sup> según la frase de Fries. Según Jacobi, no es más que «el canal de una fe indecisa, de un presentimiento, de una sensación, de una inspiración».<sup>(2)</sup> En pocas palabras nos transmite conquistas intelectuales de cuya solidez no puede darse cuenta ni á sí mismo ni á los demás. Si á pesar de todo, pone el mismo Jacobi todas las pruebas basadas en la razón muy por bajo del lenguaje del sentimiento<sup>(3)</sup> ¿cuáles serán el valor y la importancia del conocimiento que nos viene por la inteligencia? ¿Y no será ridículo hablar de la certidumbre de la fe al que en tan poca estima tiene la certidumbre de la razón? ¿Á qué pensar, se nos dirá con Liebmann, si puede hacer alguna quiebra la inteligencia abstracta, y si por lo mismo, desconfía el pensamiento de hallar una idea que le sirva de respuesta? Vale mucho

(1) Zeller, *Gesch. der deutschen Philos.*, 572.

(2) *Íd.*, 547.

(3) J. Schmidt, *Gesch. der deutschen Litt. in XIX Jahrh.*, I, 217.